



se pelaban, se maceraban con cal que absorbía los restos de grasa y se dejaban secar en bastidores para conseguir que quedaran tensas. Una vez secas volvían a raspase para dejar lisas las superficies. Las dos caras de la piel —la del pelo, más basta, y la que está en contacto con la carne— al tener unos acabados y una coloración diferentes, se tomaba la precaución de no ponerlas enfrentadas a la hora de encuadernar el códice. Al pergamino de más alta calidad se le denomina vitela.

Con una piel se obtenían 4 bifolios, unidades de 4 páginas. Al superponerse los 4 bifolios se conseguía un cuaternion que constaba de 16 páginas. La dificultad que encontraba aquí el escriba era la de calcular correctamente cual sería la extensión del texto para que al final no faltase ni sobrase ninguna página. Dificultad que no existía en el rollo de papiro que se podía pegar o cortar según resultara la longitud del texto.

La proporción entre la altura y la anchura del códice era muy cuidada, y solía ser de 5 a 4, un formato casi cuadrado. Al igual que la proporción, el cuerpo de texto y los márgenes se delimitaban escrupulosamente para que el códice tomara un carácter formal y equilibrado como las propias vidas de los monjes que llevaban a cabo la tarea.

La tinta utilizada durante este período medieval, rica en colores y combinada con el uso de oro y plata, otorgaba al texto y a las ilustraciones una belleza extraordinaria. Para la tinta negra se mezclaba en agua una parte de goma y tres de hollín. Una vez solidificada se diluía en agua para poder escribir. Más adelante se servirían de otros ingredientes para que la tinta adquiriera más brillo, como nuez de agallas, vidrio, vitriolo, sulfato de cobre o hierro.

La tinta de color se obtenía de diferentes ingredientes. La púrpura se conseguía de las glándulas de un molusco y para las rojas se utilizaba el sulfato de mercurio y el minio (bióxido de plomo) del que se deriva el nombre de miniatura dado a las ilustraciones en color de los códices.

Las tintas las fabricaban los mismos copistas con vitriolo y ácido gálico, sustancias que permitían una mejor fijación en el pergamino.

Aunque en un principio, como instrumento de escritura, se siguió utilizando el cálamo de caña heredado de los egipcios, pronto se generalizó el uso de la pluma de ave. Procedía normalmente del pelícano, buitre, cisne, cuervo, urogallo, pato y oca. No todas las plumas se consideraban válidas. Se escogía entre las 5 primeras plumas remeras y preferentemente del ala izquierda. Se ponían en remojo varias horas para ablandarlas y luego se secaban y endurecían con arena caliente. Finalmente se afilaban con un cuchillo. Algunos especialistas han sido capaces de identificar si el copista era zurdo por la forma de unir las letras debido a cómo estaba afilada la pluma.

Cuando se terminaba la copia del texto se iniciaba el trabajo del iluminador y el miniaturista. Éstos eran los encargados de ilustrar y decorar las páginas del códice. Con la ornamentación no sólo se buscaba una finalidad estética. Por una parte se buscaba visualizar lo narrado, a esto se le llamó estoriar, pero la función más importante era la de orientar al lector en la lectura del códice. La localización de un pasaje determinado, sin la existencia de un índice ni una paginación, necesariamente se realizaba mediante las ilustraciones y por el empleo de la letra inicial destacada al comienzo de cada capítulo. En ocasiones la

